



-Auuuuuuuuuu -aulló el lobo en la oscuridad para guiar al búho hasta su casa.

Roque llegó empapado pero sin perderse.

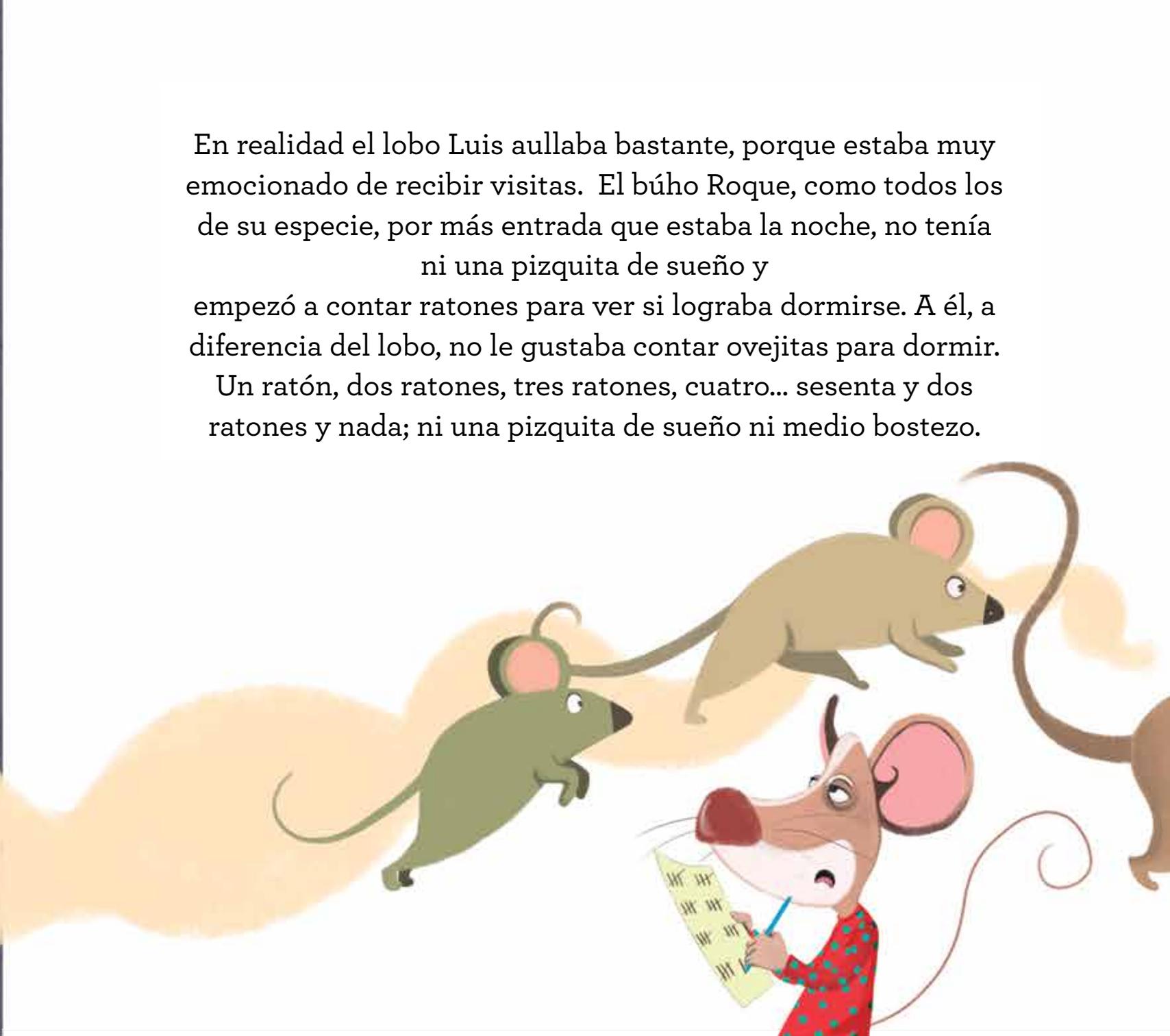
-Auuuuuuuuuu -aulló el lobo para darle la bienvenida mientras destendía su cama y le acomodaba un hermoso palo para que el búho se sintiera a gusto.

-Auuuuuuuuuu -aulló el lobo para desearle buenas noches. Aulló mientras se cepillaba los dientes -que si lo prueban no es nada fácil de hacer-. Aulló mientras se ponía su pijama, mientras apoyaba su cabeza en la almohada y hasta mientras contaba las primeras ovejitas para conciliar el sueño.





En realidad el lobo Luis aullaba bastante, porque estaba muy emocionado de recibir visitas. El búho Roque, como todos los de su especie, por más entrada que estaba la noche, no tenía ni una pizquita de sueño y empezó a contar ratones para ver si lograba dormirse. A él, a diferencia del lobo, no le gustaba contar ovejitas para dormir. Un ratón, dos ratones, tres ratones, cuatro... sesenta y dos ratones y nada; ni una pizquita de sueño ni medio bostezo.



Noventa y siete ratones, noventa y ocho, noventa y nueve y nada; ni una pizquita de sueño, ni medio bostezo, ni un trozo de ronquido. Trescientos cuarenta ratones, trescientos cuarenta y uno... y nada; ni una pizquita de sueño, ni medio bostezo, ni un trozo de ronquido, ni una gota de cansancio. -Sí, sí, es así -dijo de repente el lobo Luis muy convincente pero completamente dormido-. La liebre Carmela me tiene loco de amor.

Dio un aullido cortito y entrecortado al mismo tiempo que apretó con fuerza la sábana que lo cubría, dejando asomar sus deditos de las patas.

